

tamente indicios de perfidia, tanto en los que la han de proclamar, como en los que nos la aconsejan. No hay quien no conozca que los esfuerzos que hacen los emigrados por desencadenar contra nosotros á las potencias extranjeras, son absolutamente infructuosos. ¿Será el partido á que perteneceis, el que los obligue á tomar medidas enérgicas? Yo afirmo, sin temer la menor contradicción, que hay traidores que quieren vender la sangre de nuestros soldados. Mientras mas reflexiono en los azares de la guerra, mas se acumulan en mi ánimo funestos presagios. Ya me parece que estoy viendo á los hombres que indignamente derramaron en el campo de Marte la sangre de nuestros conciudadanos, á la cabeza de los ejércitos. ¿Cuales son las garantías que se nos ofrecen para que nos convenzamos de que sucumbiremos á tan horrosos peligros? ¿El patriotismo de Brissot y de Condorcet! No sé si existe en realidad ese patriotismo; ignoro si es sincero; pero sé muy bien que es estemporaneo. Los he visto adorar á La Fayette; hicieron una ligera oposicion en los momentos en que obtuvo su odioso triunfo, pero desde esa época lo han sostenido, y han manifestado claramente que han sido participes en sus designios, contra la prosperidad del pueblo" (1).

Mientras se formaban estas divisiones entre los miembros del partido revolucionario, los ministros del rey perdian diariamente mas y mas su

Cambio del ministerio.

(1) Lac. I, 216, 217. Th. II. 47, 49.

prestigio. Como no guardaban armonía entre sí, no se encontraban en la posibilidad de resistir á los incesantes ataques que les dirigian la asamblea y los clubs de los patriotas.

Dos de ellos, Delessart y Beltran de Molleville, eran afectos á la aristocracia; los otros dos, Narbonne y Cahier de Gerville, pertenecian al partido democrático. Conociendo la debilidad de sus adversarios, los gefes populares de la Asamblea, se prevalieron de su posicion, y presentaron una acusacion contra los dos primeros ministros. Beltran de Molleville hizo ilusoria por algun tiempo su acusacion por medio de su destreza y presencia de ánimo; pero al fin se vió el rey en la necesidad de ceder, y tuvo que operar un completo cambio en sus consejeros [1].

El principio que se adoptó en la formacion del nuevo ministerio, fué el mismo que siguió Carlos I en circunstancias igualmente críticas, esto es, el dividir la oposicion, eligiéndose á los menos inmoderados de entre sus miembros. Se confirió á Roland el ministerio del interior; á Dumourier la cartera de relaciones exteriores, y Lacoste, Clavière, Duranthon y Servan fueron nombrados respectivamente para los despachos del de la marina, hacienda, justicia y guerra.

Dumourier tenia cuarenta y siete años de edad cuando se le llamó á ocupar este importante puesto. Poseia muchas de las cualidades que deben adornar á un hombre ilustre; tenia capacidad,

Carácter de Dumourier.

(1) Mig. I, 164. Lac. I, 218, 219.

genio emprendedor, una actividad infatigable, un carácter violento, confianza en su fortuna y un golpe de vista seguro y rápido. Fértil en recursos, de carácter complaciente, de una conversacion insinuante y una ilimitada ambicion, se hallaba dotado de cualidades eminentes para elevarse en épocas de conmociones intestinas. Pero á estas grandes facultades morales se oponian otras, que eran de un género absolutamente contrario. Cortesano antes de 1789, partidario de la constitucion en la época de la primera Asamblea, y girondino en tiempo de la segunda, se movia segun el viento que soplabá, dominado por un incesante deseo de elevarse hasta ponerse á la cabeza de los negocios. Voluble, ligero, inadvertido, adoptó medidas demasiado precipitadas para hacerse de prestigio, adaptándose á todas las mutaciones de la época; mas no pudo obtener el ascendiente que procura un carácter sostenido, ni el influjo que se atrae una alma virtuosa. Si hubiese poseido con el talento que tenia, la firmeza de Bouillé, las pasiones de Mirabeau ó la perseverancia de Robespierre, habria sido el gefe de la Revolucion por algun tiempo. Para miembro de partido era escelente, pero era débil para caudillo; tenia los dotes necesarios para representar el papel de Antonio ó de Alcibiades, pero no era apto para imitar á Cesar ó á Cromwell (1).

De un natural austero, sencillo en sus costum-

(1) Mig. I, 164. Lac. I, 224. Th. II, 57, 58.

Caracter de Roland y de su esposa.

bres, firme en sus principios, Roland era absolutamente contrario de Dumourier. Su caracter era completamente extraño á la época en que vivia; se vió en él á un miembro del gobierno de Francia, en el siglo XVIII, desplegando la integridad y sencillez del labrador Sabino. Su firme republicanismo le hacia muy propio para figurar en tiempos de una libertad consolidada, pero poco apto para hacer papel en época en que estaba todavia en su infancia: incesorable en sus principios, sin ostentacion en sus costumbres, destituido absolutamente de ambicion, jamas probablemente habria salido de la oscuridad de la vida privada, si no hubiese sido por el sublime ingenio y brillante caracter de su esposa. Entusiasta por naturaleza, encantadora en sus maneras, incomparable en su conversacion, aquella muger admirable unia á las gracias de una francesa la elevacion del carácter romano, perteneciendo á la clase média. Sus modales, aun cuando no tenian todo aquel desembarazo de los de las personas que descienden de ilustre cuna, no desdecian sin embargo de los individuos de elevada esfera; y á pesar de hallarse rodeada de la mas brillante sociedad de Francia, conservó sin mancilla la sencillez de su vida doméstica. Tenia tantas virtudes como dignidad, y tanta ambicion como mérito privado. Su genial sensibilidad no la permitia tolerar los ataques que se dirigian á su esposo desde la tribuna, y contestaba quizá con demasiada vehemencia por medio de artículos que componia y publicaba en impresos

sueltos, en folletos, en periódicos que llevaban el nombre de su esposo. Admiradora apasionada de los antiguos, lloró de sentimiento, siendo aun niña, porque no la habia tocado nacer ciudadana de Roma. Vivió para presenciar calamidades mayores todavía que las que padecieron las naciones de la antigüedad, y para sobrellevarlas con mayor constancia que un romano (1 2).

La corte dió al nuevo ministerio la denominacion de "ministere sans culottes," (ministerio sin calzones). La primera vez que estuvo Roland en el palacio, se presentó con zapatos atados con cordones y sombrero redondo. El maestro de ceremonias, ignorando quién era, y viéndole en aquella traza desusada, le impedía la entrada; pero habiéndosele hecho saber el rango que ocupaba, y viendose obligado á dejarle entrar, se volvió á Dumouriez y le dijo, arrojando un suspiro: "Ah señor! ¡no trae hebillas en los zapatos!" "¡Esto ya no tiene remedio!" contestó el ministro del exterior con una sarcástica ironía (3).

El primer cuidado del ministerio fué el de preparar á la nacion para la guerra. El estado que guardaban las relaciones con el extranjero, se hacia cada dia mas crítico. Acababa de fallecer el an-

Marzo 17, 1792.
Estado de los ne-
gocios exteriores.

(1) Memorias de Roland, I, 32. Mig. I, 165. Th. II, 63, 64. Lac. I, 225, Hist. de la Conv. I, 38.

(2) Era, sin embargo, demasiado activa y emprendedora para muger de un hombre de Estado. "Cuando tengo necesidad de ver al ministro del interior," decia Condorcet, "lo primero que encuentro son las faldas de su muger." *Hist. de la Convention.*

(3) Mig. I, 166, Th. II, 65.

ciano y pacífico Leopoldo, y su sucesor Francisco II no era de esperarse que se condugese con la circunspeccion de su antecesor, en razon de su juventud é inesperienza. Ocupábase en reunir sus tropas el Austria, y en guarnecer puntos desde los cuales podia dominar al distrito del Sura; la reunion de emigrados en Coblentz se habia hecho mas numerosa que nunca, y los preparativos militares, aunque en pequeño, se proseguian haciendo en los Países Bajos. El ultimatum en virtud del cual ofrecia el Austria suspender sus aprestos, ponía por condiciones que volviese á quedar la monarquía bajo el pié en que se ponía en la declaracion del 23 de Junio de 1789; que se restituyesen al clero sus bienes, que se hiciese cesion de la Alsacia con todos sus señoríos territoriales, á los príncipes alemanes, y de Aviñon al Papa. Los caudillos de la faccion revolucionaria consideraron inadmisibles estas condiciones, y todos los partidos juzgaron inevitable la contienda (1).

Todas las clases de la sociedad, en Francia, deseaban con ahinco la guerra. Los realistas tenían cifradas todas sus esperanzas en la invasion de las potencias alemanas; la superioridad de su disciplina y lo numeroso de sus ejércitos, les hacían pronosticar una breve marcha sobre Paris, con la cual desaparecería por siempre la manía revolucionaria que tantas congojas les habia ocasionado. Los partidarios de la constitucion, can-

Deseo general en
Francia de que
hubiese guerra.

(1) Mig. II, 167, Lac. I, 226. Th. II, 70, 72.

sados de la penosa lucha que habian sostenido por tanto tiempo contra sus enemigos domésticos, esperaban que volverian á hacerse de su ascendiente por medio del prestigio del ejército y en virtud de la notoria necesidad que habia de que se conservase la disciplina militar. Los demócratas deseaban la agitacion y el tumulto que trae la guerra, porque les presentaba lances de los cuales se proponian sacar ventaja; si triunfaban las armas revolucionarias, veian establecidos sus principios en las naciones estrangeras; si eran vencidas, preveian la caida del partido constitucional, cuyo lugar ocuparian (1).

Estrechado por sus amigos, sus ministros y sus contrarios, se vió Luis al fin compelido á dar el funesto paso,

Trasladóse el 20 de Abril á la Asamblea, y despues de una larga esposicion que hizo Dumouriez de los motivos de disgusto que habia contra el Austria; del tenor secreto de las conferencias de Mantua, Chenbach y Plinitz; de la liga de testas coronadas que se

habia formado con el fin de contener la marcha de la revolucion; del apoyo que sin embargo, se prestaba á las fuerzas de los emigrados, y de las intolerables condiciones que se imponian en el ultimatum, el rey, con balbuciente voz, pronunció estas palabras irrevocables: "Ya habeis oido, señores, cual ha sido el resultado de mis negociaciones con la corte de Viena: está conforme

(1) Lac. I, 228, Th. 47, 49.

con los sentimientos que mas de una vez me habeis manifestado, y que ha confirmado una considerable mayoría de los habitantes del reino. Todos prefieren la guerra á sufrir por mas tiempo los ultrages que se infieren á la dignidad de la nacion, ó á las amenazas que importan riesgo de la seguridad de la misma: he agotado cuantos medios estaban á mi alcance para la conservacion de la paz; ahora vengo, con arreglo á la constitucion, á proponer á la Asamblea que se declare la guerra contra el rey de Hungria y Bohemia." Esta manifestacion fué acogida con un silencio que interrumpió tan solo uno que otro aplauso. Por unánimes que fuesen los sentimientos de los miembros en cuanto á aprobar la esposicion del rey, se hallaban demasiado impresionados de la solemnidad y magnitud del acto, para entregarse á una bulliciosa alegria. En la noche fué aprobada la declaracion de la guerra, por una comision que se habia nombrado al efecto, casi por unanimidad de votos (1).

Una porcion considerable de los miembros mas ilustrados de la Asamblea, y entre ellos Condorcet, Clavière, Roland y De Graves, desaprobaron este paso, y sin embargo votaron por él, prueba evidente de que en los tiempos de convulsiones, el partido mas moderado y racional se ve impulsado á sostener las medidas audaces de los hombres mas violentos é inconsistentes (2).

(1) Mig. I, 168. Lac. II, 228. Th. II, 75, 76.

(2) Dumont 418.

Bien penetrado estaba el rey de que los intereses de su familia, lejos de salir beneficiados, no podrian menos que padecer á consecuencia de los sucesos de la guerra, ya fuesen favorables ó ya adversos para la Francia; si se triunfaba, el pueblo se volveria mas imperioso en sus pretensiones, y se haria, para la corona, mucho mas difícil el gobierno; si la nacion era vencida, se le acusaria de traicion, y atraeria sobre él todo el peso de la indignacion pública. Hallábase tan dominado por estas consideraciones, y tan íntimamente convencido de que su conducta, al condescender en la declaracion de esta guerra, habia de servir mas adelante de motivo de acusacion en el proceso que estaba seguro se le formaria, que mandó que se formase un tanto de las sesiones del consejo, en el cual consignó las opiniones que habia emitido sobre la guerra; cuyo documento hizo firmar á los ministros, y lo depositó en un secreto de hierro que por aquel tiempo habia mandado formar con sigilo, en la pared de uno de sus aposentos de las Tullerías, en el cual intentaba ocultar cuantos papeles interesantes tenia, que pudiesen prestar materia de acusacion contra él, y servirle para su defensa cuando se le juzgase. Este secreto fué descubierto, y se halló lo que contenia, por la traicion que cometió el herrero á quien se empleó para que lo hiciese [1].

Tal fué el principio de la guerra mas dilatada, mas sangrienta y mas fecunda en sucesos inte-

(1) M. Campan, II, 222. Th. II, 73.

resantes, que cuantas hayan agitado á la especie humana desde la destruccion del imperio romano.

Pareció insignificante á los principios, mas llegó á envolver en su conflagracion al mundo entero; hallábase relacionada con todas las clases del pueblo, exaltaba sus pasiones, y por esta razon se presentaron en la campaña masas armadas nunca vistas, y se llevó la lucha á un grado de exasperacion desconocido en las épocas civilizadas. Pero sobre aquella contienda de principios y de intereses, habrá de elevarse con el tiempo, así lo esperamos, el magnífico edificio de la libertad civil, si no en el país que inició la lucha, al menos en alguno de los demas del orbe; y los esfuerzos que hicieron, tanto los soberanos para sofocarla, como los demagogos para llevarla á su mayor extremo, servirán de leccion á los sabios, harán adquirir moderacion á los pueblos, los cuales, en fuerza de sus padecimientos, llegarán á obtener una perfeccion que jamas los habria procurado una prosperidad continuada.

La noticia de la declaracion de la guerra se recibió con júbilo en toda la estension de la Francia, y con particularidad en aquellas demarcaciones de ella que debian resentir con mayor rigor sus efectos. Consideraronla los Jacobinos como el término de los rezelos que les ocasionaban los emigrados y de la conducta equívoca del rey. Los partidarios de la constitucion concibieron la esperanza de que el peligro comun ocasionaria la fusion de los partidos que dividian á la república, y que en el campo de ba-

talla quedarian destruidos los genios turbulentos que habia creado la revolucion. Unos cuatro miembros de los Fuldenses echaron en cara á la Asamblea haber infringido la constitucion, y comenzaron una guerra contra ella, que á la larga no podia menos de ser funesta para la Francia. [1]

Este acontecimiento dió nuevo impulso á los ánimos que sin esto, como ya lo tenemos visto, se encontraban en tan alto grado de efervescencia. Los distritos, las municipalidades, y los clubs dirigieron comunicaciones á la Asamblea, felicitandola por haber dejado el honor nacional bien puesto: se hizo acopió de armamento, forjáronse picas, presentáronse donativos, de suerte que parecia impaciente la nacion porque la acometiesen sus invasores. Pero los esfuerzos del patriotismo, aunque sirven de apoyo á la fuerza militar, no pueden, las mas veces, suplir su falta. Los primeros combates fueron en su totalidad adversos á las armas francesas; y mas de una vez se conocerá en el curso de esta obra, que si hubiesen obrado con mas resolucion los aliados, y se hubiesen arrojado sobre Paris antes de que la pericia militar se hubiese agregado al entusiasmo de sus contrarios, no hay duda en que una sola campaña habria bastado para dar término á la guerra. (2)

Dos sucesos que acaecieron por aquel tiempo en distintos puntos, tenian ocupada la atencion de la Asamblea; sucesos que demostraban el ca-

(1) Th. II, 77.

(2) Mig. I, 169. Toul II, 121. Th. II, 79.

racter peligroso de los principios que se habian proclamado en la capital de la Francia.

El primero de ellos fué la carniceria que se cometió en Aviñon. Esta ciudad habia sido teatro de acontecimientos crueles desde su incorporacion á la Francia. Luis no habia consentido sino con suma repugnancia en este ataque contra los derechos de la Santa Sede, y los vecinos de la poblacion habian visto siempre semejante union con un insuperable disgusto. Hallábase dividida la ciudad en dos partidos, uno en favor de la incorporacion y otro en contra. Los de este último habian cometido el asesinato de Lecuyer secretario del municipio, al pié mismo de un altar al cual habia corrido á ampararse. La venganza del partido popular fué tardía, pero sangrienta. Concentró silencioso sus fuerzas, acechó una oportunidad propicia, y cuando no podia esperar auxilio alguno, la ciudad se halló cercada. Cerráronse sus puertas, vigiláronse sus murallas á fin de que fuese impracticable la fuga, y una gavilla de asesinos buscó en sus propias casas á los individuos que estaban destinados á ser víctimas. Sesenta desventurados fueron conducidos á la carcel, donde en medio de las tinieblas de la noche, cumplieron los asesinos con impunidad, su venganza. Un jóven hubo que dió muerte con su propia mano á catorce personas, y solo desistió de su tarea por haberle agoviado el cansancio; para aumentar el tormento de las víctimas, se hizo que los padres presenciasen la muerte de

Asesinatos cometidos en Aviñon.

Octubre 30, 1791.

sus hijos, y que viesen los hijos morir á sus padres: doce mugeres fueron muertas despues de haberlas hecho sufrir torturas mas crueles que la muerte misma: un sacerdote anciano, á quien habia hecho respetable su incesante beneficencia, se habia escapado, pero fué perseguido y sacrificado por los mismos á quienes habia prodigado sus bondades. Cuando se hubo satisfecho completamente la venganza, fueron destrozados los cadaveres de las víctimas, y amontonados sus despojos en una zanja ó arrojados al Ródano. (1)

La relacion de estas atrocidades escitó la sensibilidad de la Asamblea. Por todas partes se oian exclamaciones de indignacion; el presidente se desmayó al leer la carta en que se comunicaban los enunciados pormenores. Pero estos crímenes asi como los demas que se cometieron durante la revolucion, quedaron sin castigo. El cuerpo legislativo, á poco tiempo, juzgó de necesidad promulgar un decreto de amnistia, y algunos de los autores de esta matanza fueron víctimas, el 31 de Mayo, de las pasiones sanguinarias de que habian dado tan cruel ejemplo. En toda revolucion sucede que la autoridad dominante no puede en muchos casos, castigar los excesos del populacho, por la razon de ser este el que la sostiene; generalmente se desea que llegue la época de la reaccion antes de que pueda verificarse [2].

La segunda catástrofe, mas absoluta en sus

(1) Lac. I, 213. Toul. II, 97.

(2) Lac. I, 213.

efectos, mas terrible en sus pormenores, fué la rebelion de Santo Domingo. Los habitantes de aquella floreciente colonia, conmovidos por las noticias que recibieron de los principios de igualdad sancionados por la Asamblea constituyente, habian comenzado á manifestar síntomas de rebelion. La Asamblea, vacilando entre el deseo de emancipar á tan enorme masa de individuos, y los peligros evidentes que semejante paso presentaba, estuvo mucho tiempo indecisa sobre la conducta que adoptaria, hasta que se resolvió á sostener los derechos de los colonos. Empero habian puesto en efervescencia á las pasiones de los negros los esfuerzos de una sociedad que se llamaba "Sociedad de amigos de los negros," cuyo caudillo era Brissot; y la susodicha asociacion condujo á los mulatos, por medio de imprudentes consejos, á que organizasen una insurreccion. Se creia que podria modificarse la ferocidad de los esclavos aun en medio de la furia que al proclamar su insurreccion, debia dominarles; prueba de que muy poco conocian sus miembros cuanta es la disimulacion y la crueldad de su caracter salvage. Se formó el plan de la sublevacion general, y ésta fué organizada, sin que tuviesen sobre el particular la menor sospecha los colonos, y se resolvió que una noche estallarí en toda la estension de la isla (1).

Por fin el 30 de Octubre á media noche se de-

(1) Toul. II, 98. Lac. I, 114.

30 de Octubre de 1791. claró la insurreccion. En un instante se vieron devorados por las llamas mil doscientos plantíos de café y doscientos de caña; los edificios, los ingenios, los almacenes, fueron reducidos á cenizas, y los infelices propietarios ahorcados, asesinados ó arrojados á las llamas por los enfurecidos negros. Por todas partes se resintieron los horrores que son consiguientes á toda rebelión de esclavos. El africano, al verse sin cadenas, demostró su ingenio, descubriendo un inaudito sistema de tormentos. Un desventurado colono fué sujetado entre dos tablas y aserrado por el medio; los horrores que se cometieron con las mugeres, escedieron á cuanto pueda encontrarse escrito aun en los anales en que constan las atrocidades perpetradas con los primitivos cristianos. El amo que se habia manifestado benigno, era sacrificado del mismo modo que el que se habia conducido con crueldad: todos, tanto el jóven como el anciano, tanto el pobre como el rico, pagaron sin distincion alguna las ofensas que tenia que vengar aquella oprimida raza. Los esclavos atravesaban el pais formando numerosas reuniones con las cabezas de los niños de los blancos puestas en las puntas de sus picas; estos eran los pendones que tremolaba aquella furiosa muchedumbre (1). Hubo solo unos cuantos casos en que la humanidad del negro se resistiese al contagio de la ferocidad de la época; algunos esclavos leales, á riesgo de sus propias vidas, alimentaron á

(1) Lac., I, 214. Toul., II, 98.

sus amos ó á los hijos de éstos en subterráneos donde los habian ocultado para libertarlos de la destruccion general.

La noticia de estos desastres escitó en la Asamblea una discusion muy aere. Brissot, el mas vehemente enemigo de la esclavitud, los atribuyó totalmente á no haberse querido estender los beneficios de la libertad á los negros; los miembros moderados manifestaron que se debian á las incendiarias escitaciones que habia hecho circular entre los esclavos, la sociedad contra la esclavitud que se habia formado en Paris. Por fin se convino en que se concederia á la gente de color los derechos políticos por cuya adquisicion luchaba; y á consecuencia de esta resolucion, obtuvo nominalmente Santo Domingo los beneficios de la libertad [1]. Pero no es así como verifica la naturaleza sus grandes cámbios; no adquiere en el breve espacio de una hora el vigor de la virilidad un niño, ni tampoco en el trascurso de una estacion, llega un árbol á la consistencia de los robustos troncos de que está poblada la selva. Aquellos afanosos filántropos que concedieron á una ignorante poblacion esclava el imprudente don de la libertad, la ocasionaron mayor mal que el que la pudieran haber hecho sus peores enemigos. La parte negra de la poblacion que tiene en el dia Santo Domingo, presenta un memorable ejemplo de los ruinosos efectos que produce una emancipacion precipitada. Faltos de aquellos constantes há-

(1) Lac., I, 215. Toul., VI, 98.